

Se preguntaba en su último libro el exministro de Asuntos Exteriores don Josep Piqué si la vorágine a la que se suceden los acontecimientos que nos están tocando vivir corresponde simplemente a una «Era de Cambios», o si estamos protagonizando, sin apenas ser conscientes de ello, un «Cambio de Era»¹ que está dejando atrás la breve —brevísima— «Era Atómica» para adentrarnos en otro de los grandes capítulos de la historia que habríamos de llamar la «Era Digital» o la «Era de la Comunicación Global».

Y es que, cualquiera que sea la conclusión sobre el dilema que nos sugiere el título mismo de la obra del exministro, algo trascendental parece ocurrir en nuestro entorno cuando los pilares sobre los que se asienta la llamada civilización que nos identifica se diluyen y se resquebrajan, tanto en el orden político como en el plano moral.

Esta profunda transformación —que opera a escala planetaria— se produce en el marco de una formidable crisis económica que ha golpeado al *establishment* constituido, poniendo de relieve la vulnerabilidad del sistema y, en todo caso, sacando a la luz síntomas de su probable agotamiento. Cabría así preguntarse, ¿se trata de una crisis coyuntural del modelo o es el propio modelo el que está en crisis?

¹ PIQUÉ, Josep. *Un cambio de era. Un mundo en movimiento: de norte a sur y de oeste a este*. Edit. Deusto, 2013.

El ciclo recesivo en cuestión comienza en 2007, pero se produce, además, de forma solapada en el contexto del fenómeno de la globalización, una situación que se inicia con la caída del muro de Berlín y que se traduce en una homogenización, un allanamiento de las características políticas de las distintas áreas del mundo.

Finalmente, contemplamos un tercer fenómeno histórico, que se superpone a los dos anteriores, y que apunta hacia un declive de la vieja Europa. Este cambio en el papel del liderazgo secular de nuestro continente significa una «era poseuropea», y tiene su principal consecuencia en la traslación de los «ejes de poder», que progresivamente se desplazan a los países emergentes y, de forma particular, hacia potencias orientales.

En este escenario, el poder y el liderazgo político están viviendo también —como no podía ser de otro modo— cambios significativos. Por un lado, como consecuencia de la cesión de soberanía que provoca el nuevo orden económico y social se suscitan tensiones entre lo local versus lo global. Estas tensiones se traducen en la necesidad de un mayor grado de consenso en la toma de decisiones y en la incorporación de nuevos actores en el plano institucional así como en el económico y social. La acomodación a los dictados supranacionales, tanto en el orden político como en el económico y social de cada país, resta con frecuencia margen de decisión y reacción a los poderes ejecutivos tradicionales: políticas económicas, la defensa de las fronteras, asuntos exteriores o la denominada «tiranía de los mercados». En otro orden de cosas, el sometimiento a los tiempos y plazos electorales, el hecho de la «espectacularización» de la política por mor del peso de la opinión pública, la fuerza extraordinaria de los grupos de presión o la actividad de las redes sociales, por simplificar en una primera y rápida descripción un panorama de enorme complejidad e incertidumbre, son, querámoslo o no, factores determinantes en la gobernanza actual de los países.

Paralelamente, el desarrollo ingente, a todos los niveles, de las megaurbes² trae consigo un desplazamiento del peso y poder de los órganos de decisión hacia la gran ciudad, frente a las regiones que las engloban. Entre los ambiciosos desafíos que estas ciudades globales afrontan se encuentran, entre otros, desplazamientos migratorios, exclusión y desigualdad económica y social, acceso a los recursos, desarrollo de infraestructuras y aquellos que se derivan de las grandes aglomeraciones de población, tales como desempleo, delincuencia, propagación de enfermedades, precio de la vivienda, residuos y contaminación, núcleos de ex-

² Las megaurbes son ciudades globales que tienen un efecto directo y tangible en los asuntos mundiales a través del medio socioeconómico con influencia también en términos de la cultura y la política. Se diferencian de las demás metrópolis en que establecen conexión entre el territorio del país con las finanzas y la economía mundial. Estas ciudades son responsables de gran parte del flujo de personas, mercancías, informaciones y capitales en el ámbito mundial.

clusión o marginalidad, entre otros. No queremos dejar de mencionar el enorme riesgo en la seguridad nacional que representa tal acumulación de poder.

La sociedad, así como sus hábitos de comportamiento, está experimentando una evolución notable. La incertidumbre en que vivimos implica, entre otras transformaciones, el debilitamiento del sistema de seguridad y protección que representaba la familia o el progresivo abandono de la planificación en el largo plazo, en favor del desarraigo afectivo como condición imprescindible para lograr el éxito. Esta nueva «sensibilidad» exige a los individuos estar dispuestos a poder adaptar sus intereses y afectos en todo momento: se debe estar siempre bien dispuesto a cambiar de tácticas, a abandonar compromisos y lealtades. El sociólogo Zygmunt Bauman^{3 4} señala el miedo a establecer relaciones duraderas y a la fragilidad de los lazos solidarios que parecen depender solamente de los beneficios que generan. La esfera comercial lo impregna todo, las relaciones humanas se miden en términos de coste y beneficio de «liquidez» en el estricto sentido financiero.

La civilización occidental ha mostrado sus limitaciones a la hora de mantener y extender su influencia sobre las otras grandes civilizaciones, especialmente la chino-japonesa, la islámica o la hindú. Las fracturas aparecen hoy en zonas de conflicto, pero ya se ha podido observar la facilidad con la que se exportan. El orden normativo occidental está amenazado y si no hay acciones más contundentes por parte de sus enemigos es porque todavía no tienen la fuerza suficiente. Frente a los devaneos normativos e ideológicos occidentales crecen progresivamente sólidos fundamentalismos de carácter ideológico o religioso que probablemente actúen con hojas de ruta definidas.

En lo que respecta a la tradicional célula social que representa la familia, se observa que esta, está modificando su estructura. Por cada dos matrimonios que se celebran en Europa se rompe uno, justo el doble de lo que ocurría hace solo tres décadas. España, por ejemplo, es el país de la Unión Europea donde más ha crecido la ruptura familiar, un 226 por ciento desde los años noventa hasta el día de hoy⁵.

Las últimas investigaciones realizadas en Estados Unidos nos muestran la realidad del impacto que el divorcio está produciendo en la sociedad. Más del 50 por ciento de los niños norteamericanos vive en una familia «no tradicional» —monoparental, de padres divorciados o parejas del

³ BAUMAN, Zygmunt (Poznań, Polonia, 1925), es un sociólogo, filósofo y ensayista polaco de origen judío. Desarrolló el concepto de la «modernidad líquida» junto con el también sociólogo Alain Touraine, Bauman recibió el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades 2010.

⁴ BAUMAN, Zygmunt, *Modernidad líquida*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México DF 2004.

⁵ Instituto de Política Familiar: «Informe evolución de la familia en Europa 2014».

mismo sexo—. Según el *Pew Hispanic Center*, más del 42 por ciento de todos los hispanos nacidos en Estados Unidos en 2006 son hijos de madres solteras⁶. Esta vertiginosa transformación social nos hace prever cambios de mucho mayor calado que afectarán a las instituciones, los valores, los gestores políticos, las fronteras, el arte, la religión, los líderes... Todo en lo que podamos pensar vive una nueva condición de transitoriedad y transformación.

En el mundo empresarial podemos decir lo mismo. En 1980, una compañía americana que estuviera entre el 5 por ciento de las mejores de su sector no tenía más que un 10 por ciento de riesgo de perder esa posición en un plazo de cinco años. Hoy, entre las quinientas mayores empresas americanas y mundiales aparecen organizaciones que apenas existían hace una década y que desplazan a los gigantes empresariales⁷.

La confianza en la solidez de lo instituido en nuestra sociedad se está agrietando. En otras palabras, podemos decir que se está diluyendo. Intuitivamente, como asegura el reconocido periodista Lluís Bassets⁸, cabe deducir que el «mundo está creciendo en complejidad a una velocidad superior a nuestra capacidad de organizar las ideas para comprenderlo».

Tomando la definición que nos ofrece el profesor Zygmunt Bauman, nos encontramos en una nueva «modernidad líquida»⁹, una figura que trata de recoger este estado de cambio y transitoriedad permanente. Los sólidos conservan su forma y persisten en el tiempo: duran. Mientras que los líquidos son informes, adaptables, se transforman constantemente: fluyen. Una metáfora que parece apropiada para identificar un concepto de geopolítica que traslada su particular topografía a la geografía inconmensurable de los océanos, el espacio, el aire y el agua (estos como símbolos de los recursos naturales esenciales para la vida), las redes o los cambios que provoca el calentamiento global.

Recientemente, un especialista en depuración de aguas hablaba de las habituales dificultades para localizar el origen de las averías relacionadas con fugas líquidas. Su origen es siempre difícil de encontrar por la complejidad de predecir su comportamiento —la «dinámica de fluidos»— una vez que el líquido ha salido de las tuberías. Los líquidos, y en particular el agua, van buscando su camino moviéndose por la gravedad, difundiéndose en su entorno, empapándolo por ósmosis y desapareciendo por evaporación. El agua puede oxidar lo que toca y puede deshacer aquello con lo que se mezcle. Es invisible, incolora, inodora e insípida, como nos

⁶ Pew Hispanic Center, *Statistical Portrait of Hispanics in the United States*, 2006, Tabla 11.

⁷ NAÍM, Moisés. *El fin del poder*, Editorial Debate, 1.ª edición, 2013.

⁸ BASSETS, Lluís. La industria de las ideas políticas. Artículo publicado en el diario *El País*, 25 de enero del 2015.

⁹ BAUMAN, Zygmunt. Obra citada.

enseñaron en el colegio y, al mismo tiempo, puede abrazar íntimamente los objetos que sumerge adaptándose a la forma de los mismos. Muchas veces podemos deducir estructuras escondidas —que no vemos— por su comportamiento observado de forma indirecta, o podemos también ver remolinos y espuma transitoria como manifestaciones de la rápida adaptación a un nuevo cauce.

Esta descripción nos lleva a pensar en la complejidad del mundo actual, en la similitud de estas características con los fenómenos sociales y políticos de la actualidad. Entender hoy el mundo, igual que entender las averías hidráulicas, exige comprender las nuevas dinámicas de comportamiento y alcance de la sociedad, que tienen mucho que ver con las características del agua mencionadas. Las personas, las opiniones, la información, la influencia de unas sobre otras, la velocidad de difusión, la transformación de los actores que intervienen... todo ello forma parte de un flujo incesante, sin parangón en el pasado, y que se debate continuamente en la búsqueda de manifestaciones sólidas y tangibles (una opinión, un voto, una decisión).

Siguiendo con el símil de las fugas de agua y su difícil detectabilidad, el experto hablaba de las habilidades que un profesional en la materia desarrolla para identificar averías, así como las herramientas al uso para asegurar un control sobre las mismas. De igual forma, las nuevas tecnologías de la información están transformando la manera de ver este mundo de «información líquida» permitiendo «navegar» en este nuevo universo con un destino concreto y con acciones certeras que eviten la deriva de ser superado por los «elementos» y, muy al contrario, anticipándose en gran medida a ellos.

Todo semeja disolverse, licuarse como un magma volcánico ígneo que nadie conoce en estos momentos cómo acabará tomando forma en un nuevo cuerpo sólido. De ahí que en esta publicación conjunta que ponemos en sus manos hayamos afrontado el reto que siempre supone entrever a través de la niebla lo que nos deparará el futuro —más si cabe en la presente coyuntura— desde perspectivas que se alejan de parámetros conocidos en sus límites o fronteras, para analizarlos desde una óptica global y transversal como corresponde a temáticas universales que a todos nos conciernen.

No se trata, pues, de responder a la pregunta de si el mundo que nos espera será unipolar, bipolar o multipolar; o si la rivalidad hoy existente entre potencias o credos se resolverá en beneficio de este o de aquel «hegemón» militar o económico. Se trataría más bien de analizar cómo la humanidad del presente encara retos que comprometen gravemente hasta nuestra propia supervivencia y cómo de resultas de estos esfuerzos quedará esbozado el mundo del porvenir. Cómo, en una palabra, controlarán la escena fuerzas o potencias cuyo dominio de la correspondiente tecnología o la disponibilidad de recursos escasos les permitirá dictar

su credo y voluntad a los demás, sean estas naciones o entidades supra o extranacionales.

Hemos escogido para este análisis global cinco temas —entre otros muchos posibles—, para obtener una panorámica estratégica de estos que consideramos «retos transversales», y que abarcan un amplio espectro de cuestiones fundamentales para entender qué está ocurriendo en nuestro alrededor.

1. El agua y los recursos naturales (incluidas las fuentes de energía, como los hidrocarburos), su escasez y sus posibles alternativas. Firma el trabajo don Eduardo Olier, presidente del Instituto Choiseul España. Su amplia visión fija la mirada, no solo en la problemática de las reservas de materias primas, en los conflictos latentes y actuales de los recursos hidráulicos, en los suministros de fuentes de energía como los hidrocarburos... sino, también, en la interrelación cada vez más patente de los conceptos de geopolítica y goeconomía. ¿Es el «poder blando» de la supremacía económica o comercial el factor determinante para imponerse en el mundo actual o es el «poder duro» de los medios de fuerza tradicionales los que vuelven a marcar su ley, como parecen querer demostrar las políticas expansionistas de Moscú y, en cierta medida, de Beijing? Más bien lo que parece más plausible es una combinación de ambos conceptos, como una expresión más de la fluidez y movilidad con que se mueven las relaciones internacionales de nuestros días.
2. El mar y el control de los océanos, como garantía de suministros vitales a nuestras sociedades, por el almirante don Ángel Tafalla. En este capítulo se analiza la vulnerabilidad de las rutas comerciales y la relevancia que tienen los oleoductos, gaseoductos o las estratégicas redes de conectividad marítimas. La influencia y el control del mar, no solo en el plano comercial, subrayan su importancia como elemento estratégico esencial en la política de defensa de cada país. El autor también se refiere a la protección de infraestructuras marítimas y el refuerzo de la legitimación de organismos supranacionales como entidades garantes en la resolución de conflictos en aguas territoriales.
El geógrafo y almirante estadounidense Alfred Thayer Mahan postulaba la importancia estratégica del dominio naval como clave para la dominación mundial y señalaba que «quien domine el mar domina el comercio mundial; quien domine el comercio mundial, domina el mundo».
3. El medio ambiente y los fenómenos naturales: el cambio climático. Un trabajo elaborado por la doctora doña Lara Lázaro y el teniente coronel del Ejército del Aire don Ángel Gómez de Ágreda. Los autores analizan el cambio climático y sus consecuencias. Desde una perspectiva crítica señalan que pese a la ineficacia de los acuerdos

internacionales son estos la única solución para alcanzar un marco de cooperación efectivo en esta materia.

El cambio climático se caracteriza por su potencial de iniciar o exacerbar conflictos, por la incertidumbre relativa a cuándo se dejarán sentir los efectos del mismo y por la magnitud planetaria de dichos efectos. La futura gobernanza del cambio climático pasará, si las previsiones se cumplen, por la confluencia de un enfoque *bottom-up* en el que cada país actúe según sus posibilidades, y una coordinación *top-down* que evite una interferencia peligrosa con el sistema climático, quizás con el apoyo de coaliciones de países más avanzados en la lucha contra el cambio climático, los llamados «clubs climáticos». «Un problema global con graves dimensiones ambientales, sociales, económicas, distributivas y políticas, y plantea uno de los principales desafíos actuales para la humanidad», tal como afirma el Papa Francisco en la encíclica *Laudato Si'*¹⁰.

4. El espacio, ese inmenso mundo donde tiene lugar desde hace años una «carrera» tecnológica y militar, tensa y, sin embargo, tan pródiga en avances científicos que a todos benefician. El teniente general del Ejército del Aire don Ignacio Azqueta, actual director general del Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial (INTA) toma como punto de partida el conocimiento actual que existe sobre el espacio y lo que se busca en él. En su análisis, incorpora quiénes están desarrollando programas espaciales y con qué objetivos, así como la problemática legal que de ello se deriva.
5. El último capítulo se centra en el ciberespacio y el control de las redes, trabajo que firma don Alberto Calero, presidente ejecutivo de *AJEngineering*. El autor nos da una visión de cómo está cambiando el mundo de influencias, el poder, el alcance, incluso las mismas fronteras, a través de las tecnologías de la información y de las telecomunicaciones en «la nube», Internet, las redes sociales y las herramientas de colaboración de que disponemos. Se nos presenta un mundo nuevo donde la realidad muchas veces subyace debajo de lo visible y donde todo está inmerso, no quedando fuera ya casi ningún aspecto del mundo actual. Las nuevas tecnologías que sustentan esta realidad sirven a su vez para verla y comprenderla y para anticipar los acontecimientos que se van gestando de forma inadvertida para el observador tradicional. Se describen así nuevos elementos fundamentales a la hora de plasmar el poder, la influencia y el alcance geopolítico del siglo XXI.

Estos grandes retos del futuro pueden llegar a condicionar nuestro nivel de desarrollo y de bienestar social, poner en riesgo nuestro modo de vida tal como hoy lo conocemos, pero, de otra parte, constituyen oportuni-

¹⁰ Carta encíclica *Laudato si'* del Santo Padre Francisco sobre el cuidado de la casa común. Capítulo I, aptdo.1 punto 25 de fecha 24 de mayo de 2015.

des perfectamente asimilables que, identificados, analizados y tratados en su justa medida están al alcance de nuestra tecnología y medios actuales. Como en el caso ya citado de los efectos benéficos que a todos ha traído la llamada «carrera espacial» —de motivación básicamente militar pero hoy día clave para atender las necesidades globales de comunicación de toda la sociedad civil—, el esfuerzo coordinado de nuestras comunidades tecnológicas sería, muy probablemente, la llave para abrir prometedores horizontes de progreso a futuras generaciones de la humanidad. Es, pues, de suma importancia considerar las conclusiones que se puedan extraer de los cinco análisis como una óptima oportunidad para aportar nuevas ideas y, en todo caso, para ser consideradas como punto de partida de desarrollos posteriores que ayuden a nuevas reflexiones e iniciativas.

En ningún caso se parte de cero. Al contrario, son muchos los avances ya logrados y mucha la dedicación que comunidades científicas y organizaciones internacionales han prestado y prestan a estos desafíos. Se trataría, pues, no tanto de incidir sobre conocimientos ya ampliamente desarrollados, sino de abrir debates, movilizar las opiniones públicas de nuestros países en torno a los grandes temas del momento —que día a día se vuelven más acuciantes—, y garantizar así el apoyo, la comprensión y hasta la implicación de gobernantes y gobernados en su adecuado tratamiento. En definitiva, de hacer a todos conscientes de la magnitud e importancia de cuanto está en juego.

La «modernidad líquida» que engloba y define estos cinco retos transversales justifica ciertamente la urgencia y oportunidad de su análisis, la disección de sus implicaciones en la cambiante geoeconomía de nuestros días y de esta a su vez en la geopolítica del presente y del futuro.

En una de sus últimas publicaciones —y lo citamos solo a los efectos de subrayar la importancia del análisis geoeconómico para comprender sus implicaciones geopolíticas— uno de los más prestigiosos *think tanks* alemanes, el *Stiftung Wissenschaft und Politik*¹¹, concluía un detallado análisis de la actual crisis del petróleo con una llamada de atención a las autoridades de su país para que abandonen la actitud de aparente lejanía y hasta indiferencia con que observan el tema capital de la protección de las rutas marítimas por las que se abastece Alemania de los hidrocarburos de Oriente Medio. Ante una eventual reducción del despliegue naval norteamericano, el Instituto alemán se atrevía incluso a alentar una decidida política de rearme y despliegue de flotas nacionales propias —con todas las consecuencias— por mares lejanos como el Índico, ciertamente un notabilísimo giro copernicano en la actitud neutralista y retraída que hasta ahora ha caracterizado a la política exterior y militar de Berlín.

¹¹ German Institute for International and Security Affairs, www.swp-berlin.org/en/start-en.html

Y si del Oriente Medio volvemos la mirada al área del Pacífico, es notorio el paulatino y acelerado cambio que vive la geoeconomía de la zona. No hace tantos años —desde el fin de la Segunda Guerra Mundial— el comercio exterior de aquellos países (excluidos los del ámbito e ideología comunista) tenía como foco principal de intercambios a Estados Unidos, un cuasi monopolio que se extendía a la dolarización en primacía de sus respectivas políticas fiscales. Para Australia, Nueva Zelanda, Japón, Filipinas o Perú, por citar solo algunos casos, Norteamérica, era, de hecho, el polo dominante en lo económico, como extensión de su predominio político y naval. Hoy, un rápido repaso a las estadísticas de las balanzas comerciales de la ristra de países del Pacífico nos muestra que más de la mitad de sus intercambios comerciales y financieros se realizan con China, que sustituye así inequívocamente a Estados Unidos como socio preferente de sus economías.

En una reciente publicación del *Belfer Center* de la Universidad de Harvard de abril de 2014, el antiguo primer ministro de Australia y reconocido sinólogo Mr. Kevin Rudd comenzaba por señalar que, de ser ciertas las últimas estadísticas sobre el PIB de las grandes potencias mundiales, China habría sobrepasado ya a Estados Unidos en monto global. Lo cual significaría que, por vez primera desde el reinado de Jorge III de Inglaterra, un país no occidental, no angloparlante, no liberal democrático, se habría convertido en la primera economía mundial.

Por supuesto esta transferencia de intereses económicos desde Norteamérica a China no deja de tener consecuencias en las interpretaciones geopolíticas que se hacen de la zona cara al futuro. En absoluto podemos comparar el caso americano con el caso europeo, ya que no estamos ante un caso de una era posamérica. Lo que el presidente Obama denomina como *strategic restraint* no significa un aislacionismo, simplemente es una priorización de sus objetivos debido a la presión presupuestaria. No obstante, la pregunta se hace inevitable: ¿Asistimos a una pérdida de influencia norteamericana que se traduce en un desplazamiento del «eje del poder» mundial hacia Asia?

No parece tan contundente el diagnóstico si por un momento centramos la atención en el predominio militar norteamericano a nivel mundial —sus presupuestos de Defensa doblan el de las cinco potencias siguientes— y, sobre todo, en el dominio naval de Estados Unidos en el mismo océano Pacífico, esos mares que envuelven a China, que se hacen más y más indispensables para su desarrollo económico, para el suministro de materias primas y para sus exportaciones, tan vitales con vistas a mantener su impulso expansivo. Porque el control de esos mares oceánicos está hoy —y en un futuro previsible— firmemente bajo control de la *US Navy* y sus distintas flotas.

China siente el dogal que le supone esta realidad estratégica de «poder duro» y bajo el poético apelativo de «Ruta de la Seda» lanza el gran pro-

yecto de enlazar por ferrocarril sus centros productivos continentales con Europa a través de los *stanes* de Turquía y de Grecia (el eje central tendría además uno o varios ramales hacia puertos en el Índico —todavía por definir—, siempre con el claro objetivo de eludir el *choke point* de los estrechos de Malaca). Para ello, ya ha creado los instrumentos financieros de carácter nacional e internacional para, entre otros magnos objetivos mundiales, construir este eje ferroviario llamado a romper un eventual cerco marítimo.

El reciente acuerdo TTP firmado entre Estados Unidos y once países más del área del Pacífico completaría esta estrategia estadounidense de cerco a China, «La iniciativa de Washington» —como parte del que llamaríamos «Legado Obama» en esta su última etapa en la Casa Blanca, y que complementa sus otros dos grandes logros en política exterior, los acuerdos con Cuba y con Irán— va claramente dirigida a recuperar terreno ante la creciente presión económica y comercial de China en la zona. De momento son solo doce firmantes —aunque la puerta queda abierta a futuras adhesiones—, pero son países significativos en cuanto comprenden tradicionales y potentes aliados comerciales como Japón (posible iniciador de toda la operación), Australia, Nueva Zelanda, cuatro iberoamericanos, como Chile, Perú, Colombia y México; algunos «emergentes», como Malasia; y hasta un Vietnam, el enemigo por antonomasia de hace unas décadas y que ahora es víctima de la «política del salami» practicada por China en sus fronteras y en sus mares aledaños.

No es ni mucho menos la sola iniciativa geoeconómica en la zona con visos geopolíticos. Allí siguen su curso entre otros el Tratado del Pacífico entre varios países de Iberoamérica —en el que España tiene estatus de observador—, los antiguos proyectos patrocinados por la ASEAN y, sobre todo, el intento chino de contrarrestar el TTP con el llamado FTAAP, que reuniría en torno a Pekín a numerosos socios comerciales vecinos impresionados con el *tsunami* de productos chinos que invaden sus respectivos mercados interiores. Todas ofrecen ventajas de «libre comercio», supresión de tarifas aduaneras y otras ventajas preferenciales, pero todos responden a un mismo criterio contrapuesto de una «gran área de influencia» de intencionalidad pseudopolítica.

Con la Unión Europea, Estados Unidos negocia también otro acuerdo-marco similar, el TTIP, que más que «tarifas arancelarias» —apenas existentes—, intenta eliminar barreras de orden reglamentario, tales como regulaciones fitosanitarias, normas de protección intelectual o «compras de Estado», que aún impiden el flujo libre de mercancías y capitales entre las dos orillas del Atlántico. Sumado al TTP, este probable convenio extendería y consagraría a ambos lados de Norteamérica un inmenso «Mercado Libre», con exclusión de Rusia y China, en lo que podría interpretarse como una nueva versión en «po-

der blando» de lo que se conocía como «Mundo Occidental» durante los años de la Guerra Fría.

¿Y cómo esta «modernidad líquida», cómo los cinco retos transversales de carácter global, condicionan a Europa? Si tenemos en cuenta el rol civilizador que ha jugado el viejo continente en el pasado, podemos decir con toda propiedad que debe seguir comprometido a mantenerse como un gran «faro de influencia» a nivel mundial en una era que algunos pensadores llaman ya, como hemos observado, era «posuropea». Solo en términos de población, Europa cuenta ahora con algo menos del 10 por ciento de la población mundial (en el año 2050 se calcula que será apenas un 7 por ciento). A comienzos del siglo pasado nuestro continente representaba el 25 por ciento de esta cifra global, y a mediados de siglo todavía un 20 por ciento era europeo. Asia, mientras, cuenta ahora con el 60 por ciento de todos los habitantes de la Tierra, mientras que África se acerca a los 1.000 millones de seres, tanto como la suma de América y Europa. En 2050, la población europea estará totalmente envejecida ya que un 28 por ciento tendrá más de sesenta y cinco años. Anualmente, nace 1.000.000 de niños menos que hace veinticinco años. En 2012, doce países de la UE28 han tenido un crecimiento natural negativo. En la actualidad, el crecimiento proviene de la inmigración.

Ante esta realidad, ¿está realmente el continente en condiciones de aspirar al liderazgo en alguno de los temas vitales que aquí se plantean? A la vista de nuestras endémicas dificultades económicas, ¿somos aún capaces de mantener una participación activa en la «carrera del espacio», por ejemplo?; o ¿queremos aún mantener un papel determinante en el control de los mares, como reclama el SWP alemán; o en el dominio de la cibertecnología punta; o en la lucha contra el calentamiento global y la defensa del medio ambiente y la sostenibilidad del planeta?

Es justo reconocer que la Unión Europea hace esfuerzos muy notables por mantenernos en los respectivos grupos de cabeza científicos y tecnológicos a nivel mundial, pero no es menos cierto que la irrupción reciente de potencias como China o la India en el cómputo de las naciones más comprometidas con la investigación y el desarrollo nos hace perder en apariencia posiciones y dejar que impere, al menos esa es la impresión, de aquel fatídico «que inventen ellos».

De hecho, Europa sigue disponiendo de un magnífico nivel científico, de grandes laboratorios donde proliferan los más destacados investigadores en un amplio espectro del conocimiento, pero la voluntad política de invertir, de luchar por ser determinantes en los grandes retos del futuro, parece flaquear por momentos. Tomemos como ejemplo del gran reto de la sostenibilidad el caso de África, el continente donde apuntan las estadísticas y los expertos como el más promisorio del futuro inmediato. Allí ha dominado Europa durante siglos de colonizaciones —no siempre modélicas—; de allí soportamos una de las presiones demográficas más

notables y graves del universo actual (que ni siquiera como organización conjunta sabemos cómo encarar); de allí proceden la mayoría de los recursos naturales que alimentan nuestras industrias y nuestras poblaciones. Y, sin embargo, allí es la lejana China la que más activa y decidida se muestra frente a una burocrática y lánguida rutina, a un interés de espectador indiferente que caracteriza muchas veces las tardías reacciones europeas ante los acontecimientos que se producen.

Mientras las autoridades de Bruselas —y nuestros propios países— regatean hasta el céntimo cualquier trato de favor que aquellos pueblos nos reclaman, China no duda ni un minuto en conceder cuantiosos créditos para obtener las contrapartidas que requieren sus niveles de producción industrial y tecnológico. En una conferencia en el Real Instituto Elcano de Madrid, el ministro de Exteriores de Angola —país con un notable índice de crecimiento— mostraba precisamente su asombro por las dificultades y reticencias que desplegaban las instituciones comunitarias a la hora de otorgar apoyo financiero a proyectos de infraestructura en su país, frente a la decidida y generosa actitud del gigante asiático. Se nos dirá que, sumados a lo largo de los años, las cantidades invertidas en «cooperación para el desarrollo» por las comunidades europeas en África —a través principalmente de los convenios de Lomé—, son ingentes. Pero algo hemos debido hacer mal cuando todavía cientos de miles de africanos no encuentran otro rayo de esperanza a su futuro personal que huir de allí, abalanzarse hacia Europa, aun conscientes de que les espera probablemente la mendicidad en las calles de nuestras ciudades.

Las cifras son agobiantes: a final de año serán medio millón los «desesperados» del continente que habrán llegado a nuestras costas e islas durante 2015. Y 3.500 los que pueden haberse ahogado en el Mediterráneo. No hay legislación ni «frontera de papeles» que contenga esta creciente marea, no hay manos suficientes para rescatar del agua a los miles que a diario se acercan, hacinados en barcos de goma o madera, a países como Italia o Grecia, para, por la vía de los hechos consumados, acogerse más a la caridad de las autoridades locales que a cualquier derecho de asilo. Es por su volumen, por su identificación con un *tsunami* humano, que este fenómeno migratorio ha sorprendido a Europa, sin diques que permitan encauzarlo y asumirlo en un cierto orden que mantenga en pie la idea misma de frontera común.

A esta marea de inmigrantes por causas económicas y sociales hemos de sumar otra desconcertante y súbita invasión de refugiados políticos procedentes de las guerras de religión de Oriente Medio, también en números que rondarán a final de año otro medio millón de seres humanos en huida desesperada de víctimas inocentes.

Europa se ve desbordada, enfrentada al gran problema anunciado de la «liquidez» de los asientos humanos, de los desplazamientos de masas de un continente a otro, o de los medios rurales a las megaurbes del pre-

sente y del futuro inmediato. Es una moneda de dos caras. De una parte, por su carácter súbito e incontrolado que arrasa con normas y controles fronterizos, es un impacto grave a los equilibrios precarios de sociedades y países que aún se debaten con las consecuencias laborales de la crisis financiera más profunda de las últimas décadas. Pero, por otra, debidamente asimilado a lo largo de años, es un fenómeno migratorio cuyas consecuencias para los países de acogida se ha demostrado sumamente beneficiosos en su desarrollo futuro. Ahí están las más prósperas y avanzadas sociedades de nuestros días, los *melting pots* de Estados Unidos, Canadá o Australia, que viven hoy las consecuencias benéficas de sucesivas oleadas de familias emigrantes desde Europa o Asia en los pasados siglos, ya hoy plenamente adaptadas a sus nuevos entornos y en donde constituyen la parte más dinámica de sus respectivas sociedades. Solo han necesitado tiempo. No hace falta insistir en este sentido que Europa sufre hoy de un envejecimiento acelerado de sus poblaciones, donde por tanto un flujo de «sangre nueva» aportaría la necesaria vitalidad creadora que nos falta.

En nuestro descargo y como hemos señalado Europa lleva tiempo intentando poner soluciones prácticas al problema de la llegada de inmigrantes africanos mediante la promoción de las economías locales y la creación de puestos de trabajo que les evite la acuciante necesidad de buscar un futuro allende sus fronteras. Pero la incompetencia y, sobre todo, la corrupción han engullido una gran parte de los fondos entregados a aquellos Gobiernos.

Lo que muchas veces han reclamado los responsables africanos no es tanto mayores «créditos concesionales o subvenciones a fondo perdido», sino recuperar las facilidades comerciales de cuando eran colonias de las potencias europeas. Y son esas normas —estrictamente aduaneras— las que más tenazmente les hemos negado (en una de las interminables sesiones nocturnas de negociación para renovar los convenios de Lomé durante una de las presidencias españolas de las comunidades, el delegado de Senegal recordaba lo que les costaba importar durante la época colonial francesa un vehículo utilitario de la metrópoli: unos cientos de kilos de mijo, frente a las decenas de miles que un coche similar les supone ahora, a pesar de las supuestas facilidades que les otorgan los convenios en cuestión. No reclamaba por eso mayores «ayudas económicas» ni «transferencias monetarias», solo una simple vuelta a las condiciones aduaneras anteriores a la independencia).

Esta inmensa extensión territorial a las puertas de nuestro propio continente —que ofrece las mejores perspectivas de crecimiento— aparece ante nuestros ojos como un campo de cultivo propicio, donde pasar de las palabras a los hechos, donde aplicar las reglas de sostenibilidad y protección del medio ambiente que elaboramos y propagamos nosotros mismos. Porque África, con sus gigantescas reservas materiales y huma-

nas, es capaz de cubrir todas nuestras necesidades de futuro si sabemos encauzarlas debidamente, si dedicamos a su preservación y desarrollo sostenible el cúmulo de conocimientos logrados en nuestros campus y laboratorios. El reto bien merece la pena.

Hemos puesto —con razón— nuestras mejores esperanzas de futuro en la hoy llamada Unión Europea, conscientes de que solo la suma de sus sofisticados miembros nos permitirá seguir codeándonos con las otras grandes potencias del ahora o del mañana, muy especialmente en el ámbito científico y tecnológico. Pero no podemos olvidar que somos un conjunto de sociedades en proceso de envejecimiento demográfico acelerado, sin apenas recursos propios, y que hemos vivido siglos de predominio universal gracias a ricas posesiones ultramarinas con abundantes reservas minerales y agrícolas, así como también con poblaciones humanas capaces de suplir la mano de obra local cuando esta comenzaba a escasear en las respectivas metrópolis.

Esta situación sería en cierto modo comparable al caso de Japón, un pequeño archipiélago superpoblado, de características étnicas uniformes, encerrado en sí mismo durante siglos por sus exclusivas y excluyentes políticas demográficas, y que ahora se ve abocado también a un proceso de rápido envejecimiento, sin recursos naturales propios, pero que, a pesar de estas condiciones negativas —o precisamente por ellas— ha mantenido un envidiable nivel de prosperidad y bienestar por la decidida voluntad y empeño de su pueblo en apostar por un desarrollo tecnológico e industrial espectaculares, basados en la inventiva y la capacidad de trabajo de sus gentes, en una permanente política de inversiones en I+D+i, en ciencia, tecnología e industrias punteras.

Como colofón para una Europa demográficamente tocada y desprovista, asimismo, de riquezas propias, nada nos debería impedir seguir en la senda del alto desarrollo japonés si ya contamos con las comunidades científicas adecuadas, siempre que no se diluya la voluntad de apoyo y ayuda a las investigaciones más avanzadas.

Tenemos, además, ante nosotros la oportunidad única que nos ofrece Estados Unidos de firmar ese acuerdo —comercial pero no solo tarifario— que allane de una vez por todas las barreras tecnológicas y aduaneras que aún interfieren y condicionan nuestros intercambios de bienes y capitales. Este proyecto de convenio el ya citado Tratado Transatlántico de Comercio e Inversión entre la UE y Estados Unidos (TTIP en su siglas en inglés), sería equiparable en lo económico a lo que en su día representó para Europa el Pacto Atlántico en el plano militar: una alianza, un lazo firme entre las dos orillas del océano que garantice mutuamente nuestro papel de futuro en el comercio y en la tecnología mundiales (si a esta gran área de influencia de Estados Unidos en occidente, se une la posibilidad de firmar otro acuerdo similar llamado TTP con varios países del área del Pacífico, el resultado sería una enorme zona de estrecha

colaboración económica y política a ambos lados de la nación americana. Curiosamente, si el TTIP excluye a Rusia, el TTP deja fuera a China).

Concluimos estas primeras reflexiones haciéndonos eco de las palabras del expresidente de Uruguay, Julio María Sanguinetti, cuando decía que «el futuro no es lo que era». En este contexto, que hemos apenas esbozado, no podemos permitirnos que la velocidad de la transformación del mundo afecte a nuestra perspectiva y, es en este sentido que resulta de sumo interés aportar una nueva, comprometida y sugerente visión desde una mirada a la geopolítica líquida que ofrecen estos cinco estudios.